

CAPÍTULO V.

ACAPULCO Y CHILPANCINGO.

Pocos meses después del triunfo de Oaxaca, el Ejército de Morelos fué á acampar cerca del sitio donde Acapulco se eleva á orillas del mar. No se prolongan allí esos terrenos arenosos, propios de Veracruz y de otros puertos del Golfo, terrenos en los que el sol refleja todos sus fuegos y á los que el viento Norte agita en torbellinos; por el contrario, pinos, encinas y cipreses esparcen todos sus perfumes sobre las olas espumosas. En ese clima la tierra no necesita arado, y ella misma se adorna de ricas cosechas; plantas sin cultivo prodigan sus frutos y su frescura de ámbar; un calor igual conserva los pastos; los céfiros acarician las praderas y mueven en el oro de las nubes flotantes el carro voluptuoso de la Primavera.

Acompañaban al Caudillo insurgente, en esa expedición, algunos de sus colaboradores más ilustres: Galeana, el que siempre se distinguía por su intrepidez en el ataque; Avila, el soldado fiel que había conservado la posición del Veladero. Por la parte contraria, mandaba en la plaza el Coronel Pedro Vélez, mexicano de origen y jefe rígido y severo. Había cerrado con fuertes trincheras todas las avenidas que conducían á Acapulco, apoyando su principal defensa en el Castillo de San Diego. Contestó con altivez la comunicación que se le dirigió para que se rindiese, y habíase dispuesto á rechazar con energía el asalto.

Acapulco no fué difícil de tomar; pero quedó el Castillo en poder de los realistas, los que se retiraron allí en las primeras horas de la noche del 12 de abril de 1813.

Eran las cuatro de la mañana del 13 de junio cuando Morelos, abandonando el lecho, fué á reunirse con D. Pablo Galeana, que lo esperaba en la playa con ochenta hombres.

—Pablo, le dijo, ¿están ya las tropas dispuestas? Que nada te detenga. Marcha y apodérate de la isla de la Roqueta, que es el lugar de donde reciben víveres en abundancia nuestros enemigos. D. Hermenegildo te apoyará con dos piezas de artillería situadas en la Calera.

A esa orden del General en Jefe, los héroes viajeros se lanzaron en varias canoas, y pronto las olas los levantaron, como á esas

hojas errantes que de lo alto de una encina ha hecho caer el viento. En el timón de una barca ligera se veía al joven Galeana, el jefe de la expedición: estaba en la primavera de sus días; su cara, en la que se pintaba su alma entera, ofrecía un aspecto franco y simpático; sus cabellos caían negligentemente sobre sus sienes; sus armas brillaban en la obscuridad en círculos radiosos, cual si fuesen el plumaje de un hermoso pájaro, cuya pompa inconstante y confusa encanta las miradas, las deslumbra y las engaña. La pequeña partida se alejó pronto de la playa; abandonó las velas á las caricias del aire, y los esquifes resbalaron sobre las aguas como un relámpago. El mar, con frecuencia tan amenazador, había apaciguado su oleaje; la tempestad había huído; el cielo estaba puro, y la calma empezaba á recostarse perezosamente sobre su trono azul.

Las canoas pasaron bajo los fuegos del Castillo sin ser descubiertas, y á la vista de los tripulantes aparecieron, entre las sombras, los contornos de la isla, lugar de su destino. Al principio, la forma de una roca que del seno de las aguas se levantaba en prisma, hizo creer en algún gigante que pretendía desafiar al cielo con su cólera inflamada. Mas después, las primeras claridades del alba mostraron, cerca de la enorme peña, árboles que enlazaban sus ramas tortuosas, céspedes frescos y flores de todos matices. Allí también la rosa se levantaba ufana, la violeta exhalaba sus perfumes modestos y el lirio recibía sobre su copa de plata las lágrimas de la aurora.

Galeana había escogido la roca para efectuar el desembarco: la vigilancia de la guarnición en la parte accesible de la isla no prometía éxito favorable. Al acabar de subir, Galeana mandó romper el fuego sobre la guarnición, la cual fué al mismo tiempo atacada, en el lado opuesto, por los soldados de otras canoas que allí habían arribado. El estupor causado por la sorpresa produjo la derrota de los realistas, quienes, sin orden ni concierto, huyeron á sus embarcaciones con intención de retirarse al Castillo. Pero no se les dió tiempo para ello, y gran número de prisioneros, tres cañones, parque, armamento, la goleta Guadalupe y, sobre todo, la adquisición de la Roqueta fueron el fruto de este audacísimo asalto.

Galeana, al volver á Acapulco, fué felicitado por Morelos. En este momento, dijo este último, me llega la noticia de un brillante hecho de armas de Matamoros en las inmediaciones de Tonalá, noticia que no había podido llegar antes por haber estado interceptadas las comunicaciones con Oaxaca. Tu triunfo, Pablo, va á estar ligado con el de uno de los capitanes más ilustres que tenemos

entre nosotros, y voy á mandar se echen á vuelo todas las campanas de Acapulco para celebrar ambas victorias.

El Castillo de San Diego fué ocupado algún tiempo después, rindiéndose Vélez, y Morelos se trasladó á Chilpancingo.

¿Tendrán razón mis amigos? pensaba Morelos en su casa habitación de Chilpancingo. ¿De la instalación del Congreso va á datar la era de nuestras desgracias? ¿van á sobrevenir la desunión y la discordia como efectos precisos de la falta de unidad de mando? ¿las ventajas obtenidas se disiparán como el humo, y pronto tendremos al enemigo persiguiéndonos con la punta de la espada, no dando cuartel, y esparciendo por doquiera la desolación y el exterminio? En todo caso, si esto ha de suceder, hay que resignarse á la fatalidad que nos rige. Yo no puedo prescindir de estos instintos de libertad; me siento arrastrado, arrebatado por ellos; los he contrariado en multitud de ocasiones, los he aplazado para más adelante, y ellos reaparecen, como una eterna esfinge, y me violentan, y me empujan, y me llevarían aún al abismo.

Mas ¿es realmente un error el establecimiento del gobierno libre? ¿es una falta llamar á la Nación á que sea dueña de sus destinos? Todavía no puedo convencerme de ello. Suponiendo que se difiera nuestra emancipación por quebrantarse en los momentos de lucha la fuerza del mando, la Independencia tiene al fin que realizarse en lo futuro, sembrada como se halla la idea en todo el país, y habremos desde el principio acostumbrado al pueblo á la libertad, fundando las bases de una buena administración.

Sin embargo, diferir la Independencia, permitir que sigan corriendo arroyos de sangre por un largo período, es asimismo una gran responsabilidad. El mal éxito, que todo lo opaca, arrojará todo, al rodar por el polvo nuestra gloriosa bandera, y los que sostenemos la lucha vamos sin duda á ser vilipendiados, tan sólo por el delito de no haber sido siempre felices.

En aquel instante entró el Secretario Rosáins con el semblante lleno de satisfacción.

—Señor, dijo á Morelos; los jefes y oficiales del cuerpo de Ejército han electo á usted Generalísimo entre los cuatro Capitanes Generales, y su designación la ha aprobado el Congreso por unanimidad de votos, quedando usted, además, investido del Poder Ejecutivo con plenitud de facultades.

—Conteste usted, replicó secamente Morelos, que agradezco la confianza que en mí se deposita; pero que renuncio á ambos cargos, por considerarlos superiores á mis merecimientos y capacidad.

—Pero, señor. se atrevió á replicar Rosáins.

—Haga usted luego lo que le mando.

Y Rosáins, ambicioso que esperaba elevarse al lado de Morelos, vió en un instante trastornados todos sus planes.

No era hombre, empero, capaz de desalentarse, y fué inmediatamente á divulgar la noticia entre los militares y el pueblo, á fin de que pidieran al Congreso no aceptase la dimisión.

Le costó poco trabajo conseguirlo, porque el prestigio de Morelos era universal.

El Cuerpo Legislativo volvió á reunirse en la tarde, y después de alguna deliberación insistió en que Morelos fuera el Primer Jefe del Ejército y el depositario del Poder Ejecutivo, mandando, además, que llevara el título de Alteza.

Rosáins volvió con la noticia á Morelos.

Este se halló contrariado.

—¿Va usted á ser el primero que dé el ejemplo de la resistencia? dijo el Secretario con alguna energía.

Morelos hizo una señal de impaciencia; mas al fin juzgó indispensable inclinarse ante la decisión suprema.

Dirigióse entonces hacia la iglesia, lugar donde el Congreso se hallaba reunido, y después de dar las gracias al Presidente de la Corporación, manifestó que aceptaba el doble mando que acababa de conferírsele. Unicamente hizo observaciones respecto del tratamiento: Yo no quiero más que un solo título, exclamó ante la Asamblea: el de Siervo de la Nación.

El Congreso acordó se asistiera á un solemne Te Deum y el acto terminó entre los aplausos y calurosos plácemes de todos.

CAPÍTULO VI.

VALLADOLID Y PURUARAN.

El 7 de noviembre de 1813, Morelos salió de Chilpancingo á la cabeza del grueso de sus tropas, y reuniendo en Cutzamala las Divisiones de Matamoros y de D. Nicolás Bravo, se presentó el 23 de diciembre á la vista de Valladolid, lugar donde se había determinado fuese trasladada la residencia del Congreso.

El Ejército Insurgente desplegábase en la llanura, bien provisto de armas y de caballos y con estandartes de colores resplandecientes. Galeana mandaba las primeras filas; las últimas marchaban bajo las órdenes de Matamoros. En el centro veíase á More-

los: tal cual un río hinchado con sus afluentes, avanzaba en una calma majestuosa.

Los españoles han descubierto la aproximación de los independientes por las espesas nubes de polvo que se elevan en el aire y por las tinieblas que cubren el terreno. Landázuri, el jefe de la guarnición, ha sido el primero que, desde lo alto de una torre, ha observado el torbellino que adelanta. —¡«A las armas, soldados! ¡a las trincheras! ¡tenemos enemigo al frente! ¡que se avise á Llano y á Iturbide, que se hallan en Indaparapeo, la necesidad de un violento socorro!» Los realistas corren á las puertas de la ciudad y cubren las fortificaciones. La orden prescrita por el jefe es que por ningún motivo salgan á campo descubierto: su tarea es defenderse al abrigo de las murallas. Dóciles á la consigna que han recibido, oponen sus puertas al enemigo y esperan armados y atrincherados en las garitas.

A la cabeza de su División se ve á Galeana desprenderse del resto del Ejército y avanzar hacia la ciudad. Monta un caballo alazán con manchas blancas, y sobre su sombrero galoneado ostenta una lujosa toquilla. —«Soldados, dice, síganme. Véamos quién es el primero que llega á Valladolid.» Dichas estas palabras, se lanza orgullosamente en el espacio descubierto que lo separa de la plaza. Un vivo clamor se eleva entre sus tropas, las cuales lo siguen con entusiasmo. Los cañones enemigos se hacen oír; pero no detienen á aquellos valientes, quienes llegan pronto á la garita del Zapote y buscan alguna parte accesible por donde penetrar. Tal cual un lobo explora todas las entradas de un redil, así el jefe insurgente busca un medio de introducirse en la población, salvando aquellos atrincheramientos que detienen su audacia.

Las fuerzas que defienden la garita son arrolladas, y Galeana llega á las primeras calles de la ciudad. Un nutrido y formidable tiroteo se escucha; las trompetas hacen resonar á lo lejos los terribles acentos del metal sonoro, y el Ejército las responde con exclamaciones de guerra. Ya los insurgentes comienzan á horadar los edificios, ya avanzan hacia al centro, protegidos por todo lo que en su camino pueden encontrar á propósito para formar un obstáculo. . . . De improviso un ruidoso tropel de caballos se escucha á retaguardia. Son Llano é Iturbide que vienen en auxilio de la plaza. Galeana se encuentra entonces entre dos fuegos; no obstante, previene á sus soldados que hagan frente por todas partes, y se oye el choque repetido de las armas en medio de una pelea espantosa, y una lluvia de balas inunda el lugar del combate, como cuando el ciclón en cólera, desencadenados los vientos del Norte y con ellos las ne-

gras tempestades, destroza el flanco de las nubes cargadas de granizo.

Galeana no pudo resistir más, y se abrió paso entre la multitud de enemigos que lo rodeaba. Cuando volvió á salir á la llanura, Matamoros se movía en su auxilio; pero ya no era tiempo. Habíanse perdido setecientos hombres entre prisioneros y muertos.

En la noche, el desastre fué de mayor importancia. Iturbide salió de Valladolid y, mezclándose audazmente entre las tropas de Morelos, hizo que toda la noche se batieran insurgentes con insurgentes. En la mañana siguiente, el General en Jefe tuvo que ordenar la retirada.

Doce días después, Morelos creyó necesario contrarrestar por alguna acción importante el desaliento que se había apoderado de sus tropas con motivo de los sucesos funestos de las Lomas de Santa María. Una inmensa corriente de fugitivos, de oficiales separados de sus cuerpos, de caballos sin jinetes, de trenes y carros faltos de conductores, llenaba los caminos, y la retirada tenía lugar en desorden, dejándose por donde quiera heridos y despojos. Era preciso restablecer el prestigio militar perdido, y á semejanza del león tocado por los cazadores, prepararse nuevamente al combate, rompiendo el dardo con que había logrado herir el enemigo emboscado.

Matamoros hizo al General en Jefe algunas observaciones. Las mejores tropas habían sido destruídas. El mejor Regimiento de la División que él mandaba, había sido deshecho, pereciendo su jefe. Galeana y Bravo habían sufrido mucho en el ataque de la garita del Zapote. ¿Qué quedaba? algunos batallones de menos confianza, y con ellos no era posible hacer frente á enemigos que marchaban engreídos por la próspera fortuna.

La llegada de D. Ramón y D. Rafael Rayón decidió al fin una nueva acción definitiva en la hacienda de Puruaran. Se fortificaron los edificios de la finca con troneras y parapetos y se reforzaron las cercas de piedra suelta que los rodeaban. Morelos se preparó á la lid haciendo venir su mejor caballo y ajustando á su cintura la espada que había brillado victoriosa en Tixtla, Chilapa, Taxco, Oaxaca y Acapulco. Su cara lanzaba ardientes chispas, y el fuego brillaba en sus ojos inflamados.

Llano é Iturbide se aproximaban con sus fuerzas victoriosas. Los jefes independientes temen entonces que caiga prisionero el sostenedor de la revolución, y todos en cuerpo se dirigen á Morelos, suplicándole no se exponga en aquel choque decisivo: él reúne un alto cargo militar y el Poder Ejecutivo de la República. Mo-

relas insiste en estar presente en la batalla; pero sus consejeros se lo llevan, casi por fuerza, á la hacienda inmediata, Santa Lucía, y hacen que entregue la dirección militar á Matamoros.

Es éste un estoico á quien la vida poco importa y que, á pesar de creer que la defensa es imposible, se resuelve á esperar allí á las fuerzas adversarias. D. Ramón Rayón insta sobre la necesidad de elegir otro punto para la resistencia; pero Matamoros se encoge de hombros, manifestando que á él solo toca obedecer las órdenes que ha recibido del Generalísimo. En tales momentos preséntanse á la vista Llano é Iturbide.

Los clarines se hacen oír. Orrantía y Claverino atacan amenazando el frente y la izquierda de las posiciones, mientras Llano dirige los fuegos de su artillería sobre las cercas, produciendo el efecto de metralla al hacerlas saltar y causando con esto formidable estrago en los que se hallan guarecidos tras de ellas. Los caudillos insurgentes contestan haciendo prodigios de valor: allí está Bravo, lleno de confianza en su juventud y en su fuerza; allí aparece Galeana, de brazo vigoroso que sostiene una espada resplandeciente; allí está Rayón, que ha perdido un ojo en Zitácuaro; allí Matamoros, que desafía con calma los rayos continuos de la artillería y se burla con irónica sonrisa del plomo candente que rebota en su derredor.

La acción es reñida y sangrienta. Del mismo modo que los vientos libran combate en el mar, no cediendo ni ellos ni las olas, así, al entrar los soldados realistas por los portillos que la artillería ha abierto, se chocan con las falanges insurgentes pie contra pie, guerrero contra guerrero, sin que ninguno ceda en la lucha.

Mas al fin la victoria se decide por los soldados del Rey. Los independentes tienen que huir en desorden. Matamoros trata en vano de detenerlos. —«No es á la agilidad de los pies á la que debe confiarse la salvación; es el hierro el que debe abrir un camino por entre las filas enemigas.» Pero toda exhortación es inútil. El mismo General en Jefe se ve obligado á vadear el río que se halla á su espalda, y al efectuarlo es hecho prisionero por un soldado del Batallón de Frontera.

De esta manera terminó la desgraciada campaña de Valladolid, perdiéndose un inmenso material de guerra aglomerado á costa de trabajos y de constancia infatigable: todo por el deseo de que el Congreso se trasladara á una población importante. El adalid de la revolución comenzaba á recoger los amargos frutos de la organización política que había imaginado, y el prestigio que se había querido dar á la Majestad Legislativa costaba á la Nación la sangre de sus mejores hijos.

CAPÍTULO VII.

NUEVOS TRABAJOS PATRIÓTICOS.

Morelos no era hombre que se abatía en la adversidad. Con los dispersos recogidos después de las desgraciadas acciones de Valladolid y Puruaran, reúne á orillas del Mexcala un nuevo Ejército de mil hombres. Pero esto no le basta. A su espalda tiene las dos Provincias de Tecpan y Oaxaca, teatros de sus victorias; con los recursos que en ella existen puede aún batir con éxito al enemigo orgulloso. D. Víctor Bravo, sin embargo, acaba de ser derrotado por Armijo, y urge salvar al Congreso y hay que hacer frente por tercera vez á las tropas realistas, sin descuidar la formación de nuevas fuerzas. En semejantes circunstancias tiene que dejar un jefe que contenga á Armijo, mientras él va hacia el Sur á adoptar medidas capaces para hacer volver la fortuna á las banderas de la insurrección.

Mas ¿en qué jefe se fijará para dejarle el mando? Galeana y Bravo son sin duda los más inteligentes; pero participan quizá de ciertos sentimientos hostiles que hay en el Ejército hacia el Cuerpo Legislativo, pues se inculpa á este alto Poder, cuya soberanía interviene en todas las decisiones, por la marcha poco feliz de los asuntos públicos. Puede intentarse algún golpe de estado, ó, cuando menos, dejar que el enemigo avance y se apodere de los representantes. Estas reflexiones preocupan el ánimo de Morelos, y repitiéndose la vacilación de Chilpancingo, duda al resolver sobre lo que pueda ser oportuno.

Al fin deja confiado el Ejército á su Secretario Rosáins. Aunque Abogado, no es extraño á los asuntos de la guerra: antes de ir á Chilpancingo, había levantado en armas cerca de mil hombres en la zona comprendida entre Chalchicomula y Tepeyahualco, figurando entre los bravos guerrilleros de la Provincia de Puebla. Le encarga que proteja la retirada del Congreso y que sacrifique hasta el último hombre antes que permitir ataque alguno á los depositarios de la soberanía popular. Hechas tales prevenciones, parte á promover el levantamiento en masa de los pueblos y á organizar una vigorosa resistencia contra el enemigo que se acerca.

Con infatigable actividad recorre diversas poblaciones. Desde Coyuca escribe al Virrey proponiendo doscientos prisioneros por